

México: entre Mesoamérica y Mexamérica

Roberto Hernández Elizondo*

Alain Musset, *Le Mexique*, París, Presses Universitaires de France, 2010, 128 pp.

El libro de Alain Musset, *Le Mexique*, describe en un apretado espacio los más variados y complejos aspectos de la realidad socioeconómica, política y cultural de México. La obra recorre la historia mexicana desde los tiempos prehispánicos hasta los modernos de Vicente Fox y Felipe Calderón, destacando en particular la segunda mitad del siglo XX, objeto de su principal interés. El texto resume los principales aspectos socioeconómicos, culturales, políticos, históricos, étnicos y demográficos del México contemporáneo. La primera parte presenta un breve resumen de la historia de México; la segunda, la evolución de las grandes estructuras económicas del país, y la tercera, las transformaciones de la sociedad mexicana (en particular los movimientos migratorios, los mundos urbanos, rurales e indígenas, el sistema político mexicano y el mundo de la cultura).

* Universidad Autónoma de Tamaulipas.

De entrada, el especialista presenta su hipótesis central: la nación mexicana es una síntesis de complejos y contradictorios procesos históricos que han dado lugar a dos grandes realidades económicas, geopolíticas y culturales que coexisten en un mismo espacio nacional: *Mexamérica*, al norte; y *Mesoamérica*, al sur. La primera alude al vasto espacio geográfico septentrional del país y a su poblada “nación”, históricamente unida con poblaciones estadounidenses fronterizas, a través del uso común del español, los lazos económicos y migratorios, los movimientos de capital, las maquiladoras, la música, la gastronomía, etcétera. Poco habitadas e inhóspitas en tiempos de la Colonia y buena parte del siglo XIX, las actuales regiones del norte mexicano y sur estadounidense resistieron mucho a cualquier intento de urbanización y desarrollo económico. Sus extensas llanuras fueron constantemente amenazadas por los comanches y otras tribus nómadas; luego por los colonos franceses e ingleses; más tarde, por la independencia de las 13 colonias norteamericanas. En la era independiente el territorio aludido no modificó mucho su situación y enfrentó nuevas amenazas. La debilidad de la nueva

nación mexicana alentó los intentos separatistas texanos, y más tarde, también, la intervención militar estadounidense y el consecuente despojo de un vasto territorio mexicano (Alta California y Nuevo México), anexo más tarde a Estados Unidos de América. El territorio norteño que sobrevivió a esta mutilación (los 6 estados fronterizos) mantuvo durante buena parte del siglo XIX su condición periférica. El fortalecimiento ulterior de nuestras relaciones económicas y culturales con la potencia norteaña empujó su creciente integración con el sur estadounidense. Ambos lados fronterizos conforman hasta hoy una gran macrorregión unida por fuertes lazos migratorios, económicos y culturales.

Al sur de ese vasto universo económico, poblacional y cultural se encuentra *Mesoamérica*. Una extensa región que albergó en el pasado las grandes civilizaciones prehispánicas, cuyos límites septentrionales se encuentran en Zacatecas y Durango, y las meridionales en América Central. En tiempos prehispánicos, coloniales y en el siglo XIX, *Mesoamérica* fue el asiento del poder político, la demografía y el crecimiento económico. Primero fue la sede de las grandes civilizaciones: maya, azte-

ca, olmeca y zapoteca; luego, del poder colonial; más tarde, escenario de la Guerra de Independencia y de los principales eventos políticos y económicos del México independiente. Tras la aparición histórica de “Mexamerique”, “Mesoamérica” dejó de ser el centro de los grandes movimientos sociales y económicos del país.

El nombre de *Mexamérica* se debe al periodista estadounidense Joel Garreau, quien en su libro *Les Neuf Nations de l’Amérique du Nord* alude con ese término a la región binacional formada por el suroeste estadounidense y la franja norte de México, incluida la península de Baja California.¹ La noción fue retomada luego por L. Casagrande en su libro *The Five Nations of Mexico*, y la aplica a un vasto territorio que va desde Los Ángeles, California, hasta una línea imaginaria meridional que une a Nayarit con el sur de San Luis Potosí. El autor supone erróneamente la existencia de rasgos culturales chicanos en tan extenso territorio. Casagrande divide a nuestro país en cinco grandes regiones culturales, sin unidad política, cultural y económica entre sí, Mexamérica incluida.² Su descripción de México es superficial y carece de fundamentos históricos y sociológicos, llegando en los límites

¹ Joel Garreau, *Les Neuf Nations de l’Amérique du Nord*, Boston, The Houghton Mifflin Company, 1981.

² Consúltase en línea una versión del texto de Casagrande, *The Five Nations of Mexico. Regional dynamics have set America’s southern neighbor on a collision course with itself*, disponible en [http://www.csuchico.edu/~sbrady/357fivenationsofmexico.pdf].

de lo absurdo cuando aplica a la actual región centro y occidente del país el ridículo nombre de “Nueva España”, como si la historia de esta región se hubiera detenido en el siglo XVIII.³

Musset, por su parte, retoma de Garreau el término “Mexamérica”; y de Casagrande, la visión sobre el carácter rural e indígena del sur de México; pero enseguida subsume ambas ideas en la fórmula *norte-sur*, modelo que permite al autor francés construir su principal hipótesis sobre la realidad actual de México. Este esquema birregional está encaminado a mostrar que los estados norteros se distinguen notablemente de los sureños en los aspectos del desarrollo socioeconómico, idea por cierto nada novedosa, pero que sirve al autor francés para construir su dicotomía.

El septentrión mexicano es descrito sin ambages como “la región más próspera, más europea” (?), definición sorprendente al menos para quienes vivimos en el árido e inseguro norte mexicano, donde es difícil imaginar una vaga semejanza con el Viejo Mundo. Musset destaca la instalación de maquiladoras en la frontera, considerando ésta la “mejor expresión de la integración de México al mundo norteamericano”; y también al Tratado de Libre Comercio con América del Norte (TLCAN). En su opinión, el crecimiento económico en el norte de México resulta de la vecindad y estrecha conexión económica, social y cultural con el sur estadounidense, particularmente gracias a la *agro-business* y las *maquiladoras*, industrias instaladas en la región desde

³ *Idem*.

hace varias décadas. Varios especialistas destacan también el papel histórico de estas ramas industriales y su impacto en las estructuras socioeconómicas y urbanas de la región.⁴ Sin embargo, una especialista crítica a la primera por su falta de encadenamiento al resto de la economía regional, al tiempo que reconoce que las maquiladoras dejan mucho que desear en materia de salarios, formación profesional, inversión e impacto en el mercado.⁵ Los trabajadores del sector reciben hasta hoy un ingreso inferior al indispensable para satisfacer las necesidades de una familia.

Pero aún si se reconoce a la frontera como “próspera”, el resto de la región nortera no lo es tanto. Algunas zonas septentrionales están completamente excluidas de su inercia: el cuarto distrito de Tamaulipas, el sur neolonés, el municipio de Ocampo, Coahuila, y la zona tarahumara de Chihuahua, entre otras, guardan alguna semejanza con las regiones más deprimidas de Guerrero y Chiapas. Como si esto fuera poco, en la coyuntura actual, el norte mexicano

⁴ Sobre el papel de la agro-business, véase el trabajo de Marie-Laure Courbés y Marie Carmen Macías, “Frontière et integration: pertinence de la frontière Mexique/États-Unis après 15 ans d’Alena”; y el artículo de M. L. Courbés, “Agriculture pour l’exportation et peuplement rural dans la région frontalière Mexique/États-Unis: San Quintin en Basse Californie”, ambos incluidos en *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 56, París, IHEAL, 2007.

⁵ Esthela Gutiérrez Garza, “Industrialización, maquiladoras y desarrollo endógeno en México”, en María Elena Ramos Tovar (ed.), *Desafíos de la frontera México-Estados Unidos*, Monterrey, UdeM, 2000, p. 48.

presenta una profunda descomposición social reflejada en expresiones dramáticas de inseguridad y estructuras institucionales fallidas, que provocan miedo, éxodo masivo y desplazamientos hacia Mesoamérica y otros sitios, revirtiendo el tradicional sentido de la emigración y el éxodo.

El especialista francés insiste en que el norte mexicano es la única región del país donde se puede hablar con propiedad de *desarrollo* y *modernidad*; en tanto que el resto del territorio nacional, en su opinión, está plagado de estructuras “arcaicas”. La primera región representa supuestamente “el estilo de vida americano” y la segunda, el “rezago y tradicional atraso del mundo indígena”. Esta dicotomía desvirtúa la realidad de México y sus regiones, pues además de discutible, excluye a otras regiones del país. Si la división birregional se limita al *Norte* fronterizo y a la región *Sur* o *Pacífico-Sur*, ¿dónde quedan entonces el Centro, Bajío y Occidente de México, situadas en la Mesoamérica moderna, asiento de regiones y ciudades muy dinámicas, de específica configuración estructural? El especialista reconoce la existencia e importancia de estas regiones y sus modernas ciudades, pero su juicio es ambivalente cuando alude al Distrito Federal, Guadalajara y a otras urbes del centro, occidente y golfo de México. Aunque sus propias estadísticas colocan al Distrito Federal-Estado de México juntos, en el liderazgo económico y demográfico nacional de 2006, con 31.2% del PIB nacional, por encima de la estimación global de 25.7 % de los 7 estados norteros, insiste, sin embargo, en

atribuir al centro de México un papel secundario y periférico: “De manera bastante paradójica, es el corazón económico y político del país (la capital federal y los estados de la región central) quien se encuentra en posición periférica con relación a esos dos grandes conjuntos”.⁶

El autor no parece advertir la poderosa influencia del centro sobre el resto del país, y en particular sobre las regiones rurales e indígenas del centro-sur. Ninguna urbe nortera equipara actualmente el peso e influencia del Distrito Federal sobre el resto del territorio. El crecimiento económico y político de la gran capital metropolitana impacta a todo el país, y alcanza con especial fuerza a las zonas mexiquenses conurbadas y al valle central, englobando a ciudades, como Querétaro, Toluca, Puebla y Cuernavaca, con quienes la ciudad de México conforma el sistema socioeconómico e industrial regional más dinámico del país y el principal polo de atracción económica y demográfica de los estados sureños. El centro domina la política nacional y las finanzas públicas del país, agrupa la concentración demográfica-regional más grande del territorio y hoy es, aparentemente, el único polo de influencia capaz de acelerar o recomponer el peso político y económico de todas las regiones de México. Algunos estados del centro y occidente mexicano incluso compiten con los norteros en crecimiento socioeconómico. INEGI 2009 reconoce

⁶ Alain Musset, *Le Mexique*, París, Presses Universitaires de France, 2010, p. 41.

que los estados mexicanos con mayor número de empresas registradas en esa anualidad fueron el Estado de México (585 000 establecimientos), el Distrito Federal (414 000), Veracruz (364 000), Jalisco (331.000) y Puebla (309 000). INEGI (2011) revela que Jalisco, el Estado de México y Querétaro, recibieron mayor inversión extranjera que Coahuila, Tamaulipas y Sonora. La insistencia de Musset en colocar al centro del país, a la capital tapatía y a la ciudad de México en un nivel de desarrollo inferior al conjunto nortero parece sólo encaminada a sostener la tesis central del estudio.

La contundencia de los datos duros deja en serios aprietos al modelo birregional del autor francés. México es mucho más complejo, dinámico y diverso de lo que sugiere su dicotomía. La insistencia en ajustar con calzador todos los elementos de la realidad mexicana a un esquema birregional deja más preguntas que respuestas. Algunos de sus resultados parciales, aunque interesantes, no mantienen identidad con su punto de partida, ni se articulan entre sí adecuadamente a la hora de construir su síntesis de país. Además, en el libro no hay referencia explícita a la evolución histórica del capitalismo mexicano y a su específica expresión y combinación con las estructuras singulares o particulares en cada rincón de la geografía nacional. Tampoco hay alusión suficiente al impacto de este modo de producción en las viejas ciudades y regiones “mesoamericanas” ni al dinámico papel de las luchas sociales y el estado posrevolucionario en el desarrollo socioeconómico. Estas

lagunas lo llevan a exagerar la importancia de las maquiladoras; del Plan Puebla-Panamá y el TLCAN, fuentes supuestas del actual proceso de desarrollo y diferenciación regional. Sin negar la importancia de estos fenómenos hay que agregar que México ha tenido a lo largo de la historia —y tiene actualmente, también— otras dinámicas. La obra carece de una conclusión fi-

nal, ausencia notable en el libro, que no permite al autor corroborar fehacientemente las premisas de su propuesta teórica.

Un comentario final. Pese a mis divergencias con Musset sobre la caracterización y división de las regiones de México, reconozco como atributos meritorios de su libro su intento de síntesis explicativa, y el tratamiento de aspectos tan diver-

sos e interesantes, como la demografía, la economía y la sociedad, la política, la historia, el arte, la religión y la cultura. Podemos estar o no de acuerdo con su división birregional y sus argumentaciones, pero, en cambio, es pertinente reconocer el valor que guarda su intento de explicación global, tan necesaria en la actualidad, que invita a pensar y repensar a México.

El peso social de la Iglesia novohispana

Jessica Ramírez Méndez*

Antonio Rubial García (coord.), *La Iglesia en el México colonial*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas / BUAP-Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” / Ediciones de Educación y Cultura, 2013, 606 pp.

A mediados del siglo XVI, Francisco Cervantes de Salazar describió la ciudad de México. Lo hizo presentando en su obra el diálogo de tres interlocutores: un forastero de nombre Alfaro, y un par de vecinos de la ciudad, Zuazo y Zamora. En su supuesto andar por la naciente urbe,

los paseantes vislumbraron la catedral de la que Alfaro comentó: “Da lástima que en una ciudad a cuya fama no sé si llega la de alguna otra [...] se haya levantado en el lugar más público un templo tan pequeño, humilde y pobremente adornado”.¹ Ante la aparente desilusión, Zamora explicó que por ser muy cortas sus rentas, no había podido edificar-se un templo correspondiente a la grandeza de la ciudad, a lo que se agregaba haber carecido de prelado en los últimos cinco años.

Efectivamente, la erección de la catedral fue un largo proceso de venturas y desventuras, aciertos y desaciertos, de problemas y conciliaciones, donde múltiples piezas se

entretrajeron, se yuxtapusieron y otras veces se complementaron. Su engranaje constructivo, que duró toda la época colonial, tuvo tras de sí una gran maquinaria, reflejo de la complejidad social en la que estaba inmerso, donde sus variadas piezas tuvieron ritmos distintos pero que lograron concatenarse para ofrecernos el edificio que aún hoy sigue envolviendo la Plaza Mayor de la Ciudad de México. De esta manera, la catedral metropolitana es el resultado de las diferencias, pero también de la integración de sus diversas partes, de sus etapas, de sus artífices y trabajadores. El templo nació humilde para luego tornarse majestuoso.

Precisamente ese modesto edificio que describe Cervantes de Salazar era el reflejo de la institución

* Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, INAH.

¹ Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554*, México, Porrúa, 1963, p. 47.